

ORTEGA Y VICTORIA OCAMPO. LA IMPORTANCIA DE UNA CORRESPONDENCIA

ORTEGA Y GASSET, José – OCAMPO, Victoria: *Entre el corazón y la razón. Cartas José Ortega y Gasset – Victoria Ocampo (1917-1941)*, edición de Marta Campomar, prólogo de Roberto Aras, Juan Javier Negri y Jaime de Salas. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2023, 428 p.

MARÍA LUISA MAILLARD GARCÍA

ORCID: 0000-0002-1125-0529

Como indica la editora, Marta Campomar, en las palabras preliminares de este epistolario, fue ella quien recibió de Soledad Ortega el encargo de la presente edición, a través de la Fundación en Argentina. Tanto Victoria Ocampo como los hijos de Ortega consideraron necesario que estas cartas salieran a la luz. Cualquiera lector que se adentre en sus páginas, agradecerá esta decisión. No pudo ser más acertada. Dos de los intelectuales más influyentes en el desarrollo cultural de sus países de origen, Ortega y Gasset en España, Victoria Ocampo en Argentina, desfilan en estas

páginas, a través de las que asistimos al acenso y caída de una Europa en plena ebullición cultural e ideológica a principios de los años veinte y que, ya al final del epistolario, se adentra en los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial y en la simplificación ideológica que anuncia la política de bloques posterior. También acertada la persona designada por Soledad Ortega para llevar a cabo la edición. Marta Campomar ha realizado una labor encomiable, tanto en la recopilación del material como en la meticulosa anotación de personas, acontecimientos, fechas y relaciones: Una verdadera mina de información.

Muchas cosas unían a Ortega y Gasset y Victoria Ocampo. Dos revistas hermanas, *Revista de Occidente*, fundada por Ortega y Gasset en 1923 y *Sur*, por Victoria Ocampo en 1931, dan cuenta del empeño de ambos protagonistas por abrir las fronteras de sus respectivos países al pensamiento y la ciencia que bullía en los años veinte en Europa y América. En el epistolario, asistimos a la estrecha colaboración que ambos co-

Cómo citar este artículo:

Maillard García, M. L. (2023). Ortega y Victoria Ocampo. La importancia de una correspondencia. Reseña a "Entre el corazón y la razón. Cartas José Ortega y Gasset – Victoria Ocampo (1917-1941)", edición de Marta Campomar. *Revista de Estudios Orteguianos*, (46), 197-201. <https://doi.org/10.63487/reo.80>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
N° 46. 2023
mayo-octubre

rrespondientes desarrollaron a lo largo de este proyecto, mientras asistían a los cambios profundos que se estaban desarrollando en la época y que acabaron por afectar de forma drástica a la evolución de la cultura occidental y, de rebote, a la relación de amistad mantenida a lo largo de décadas.

El epistolario abarca desde 1917, un año posterior al primer encuentro en Buenos Aires de los dos protagonistas, hasta 1941, cuando las circunstancias adversas que derrumbaron todas las dimensiones de la vida de Ortega y Gasset lo condujeron a un silencio meditado. Así escribe a Victoria en su última carta de 9 de octubre de 1941: “Cuando las bases de nuestra vida se han roto o están gravemente enfermas no es posible contar lo que nos pasa ni al mejor amigo porque no puede, sin más, entenderlo. Sería, sobre lo que sufrimos, falsificar nuestro sufrimiento y traicionarlo. No: hay que callar, aguantar y sumergirse en un rincón. Cada vida es intransferible y, por lo mismo, inefable” (p. 426).

La primera parte del epistolario, que se sitúa en 1917, año en que Ortega escribe, lamentando el distanciamiento de Victoria; y en 1928, año de su reencuentro en el segundo viaje de Ortega a La Argentina, podría asombrar al lector por la vehemencia de las expresiones de sus protagonistas. Son dos interlocutores apasionados. De forma incontinente, Victoria Ocampo, de forma reflexiva Ortega y Gasset, quien desde el inicio de su andadura filosófica ha rehuido el subjetivismo, causante del alejamiento de España de la ciencia y, por tanto, de Europa. Así en carta de octubre de 1928, Ortega escribe a Victoria que, a diferencia de la piedra que cae por la gravedad, el hombre tiene más dimen-

siones y él siempre ha escatimado pudoroso la voluptuosidad porque la considera la realización de la propia esencia y, por tanto, la reserva para las “grandes divinidades” (p. 124).

Ortega nunca pudo dejar de estar fascinado por lo femenino, por ese elemento diferencial que él detectaba en muchas mujeres cultas que se cruzaron en su camino. No sólo Victoria Ocampo, sino también María Luisa Caturla, María de Maeztu, la duquesa de Dúrcal, la condesa de Yebes y tantas otras. Intentó analizar el secreto de lo femenino, a través de las convenciones filosóficas de su época –Simmel siempre presente– y situó paradójicamente ese elemento diferencial, que él definió en el “Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*”, como “algo extraño y absolutamente superior a él”, en un grado de inferioridad, en lo que respecta a la excelencia racional o creadora, la única que alcanza la impersonalidad que da acceso a la trascendencia. Nunca llegó a desvelar del todo un misterio que le fascinaba y que le llevó a rodearse de mujeres cultas e inteligentes, con las que mantuvo una duradera amistad y a las que apoyó en el desarrollo de su vida intelectual, dándole cabida, tanto en *Revista de Occidente*, como en la editorial aneja.

Mientras que Victoria Ocampo busca en Ortega la amistad, desde una fascinación sin fisuras por su intelecto y es insistente y regañona cuando Ortega no la escribe o no la llama; Ortega, sin despreciar los valores de Victoria, se encuentra fascinado por su ser mismo, aunque actúa con cautela. Es perspicaz y sabe que Victoria no lo quiere como amante. No obstante, se presta a una divertida relación y la muestra lo que ella le ha aportado, la deuda que tiene con ella. Así le

escribe en carta de 18 de noviembre de 1928: “Esta deuda gigantesca eres tú misma, tu *ser* magnífico, el simple hecho de que te tomes el trabajo de existir, de hacer gravitar tu espléndido cuerpo con su espléndida alma densísima sobre la superficie del planeta” (p. 139).

Ortega regresa a España, habiendo consolidado con Victoria una duradera relación de amistad. La correspondencia entre los años 1929 y 1930 es muy copiosa. Ortega demuestra que es posible una íntima relación de amistad entre hombre y mujer, sin que medie el romance. No los separarán sus “encontronazos”, respecto a lo femenino, sino las circunstancias. Dichos “encontronazos”, en palabras de Victoria, se agudizan con su conferencia de 1934, en su segundo viaje a España, cuyo contenido afecta a convicciones filosóficas profundas de Ortega: “un acto de hostilidad súbita e inequívoca hacia todo mi ser” (p. 310), le escribirá el filósofo en carta del 4 de enero de 1934.

Desde finales de 1928, Victoria Ocampo se encuentra en Europa, en su París, donde se codea con la intelectualidad de la época y a donde Ortega también hará alguna breve escapada. En este periodo se intensifica la colaboración intelectual. Victoria procura a Ortega la participación de algunos de sus amigos –Keyserling, Pierre Drieu de La Rochelle, Stravinski, Paul Valéry– en *Revista de Occidente* mientras hace propaganda de su “querido Meditador” y de su revista en París y pasa sus escritos a Lacan –aunque Ortega es escéptico sobre su recepción en Francia. Victoria prosigue su colaboración con la editorial de Revista de Occidente, donde ya había publicado en 1924 el mencionado *De Francesca a Beatrice*, con

un epílogo de Ortega, que fue la causa de “su primer encontronazo”, por su diferente postura frente a lo femenino. En 1926 publicará *La laguna de los nenúfares* y en 1935, *Testimonios*. En junio de 1929, Victoria visitará por primera vez España y se alojará en la Residencia de Señoritas.

Contra la opinión del filósofo, viajará posteriormente a Nueva York, donde gestará con Aldo Frank el proyecto de la revista *Sur*: Asistimos a los prolegómenos del nacimiento de la revista y a las diferencias de Victoria con Ortega sobre la importancia que debe tener en ella América del Norte. Ortega es renuente respecto al papel de Estados Unidos, quiere revitalizar una Europa que se alejará de la decadencia si se une en su legado espiritual, alejándose de los nacionalismos. Victoria le contesta en carta de 28 de octubre de 1930: “Dices que Norteamérica nos devorará... no estoy tan segura como tú. En todo caso acabará por devolvernos, le darán náuseas, como a la ballena de Jonás” (p. 273).

Estamos ya rozando un giro drástico en la mentalidad de Occidente y Ortega atisba los cambios que se están produciendo en una Europa cuyo ideal ha defendido con fervor frente al avance de la nueva civilización que encabeza América del Norte. Coincide con Victoria en la superficialidad de la vida parisina en la que Victoria se mueve en los círculos intelectuales y vanguardistas –procedentes de todos los puntos de Europa y América–, yendo de fiesta en fiesta y de concierto en concierto. “No nos podemos evadir de la circunstancia que nos roda y nos sostiene”, escribe a Victoria en febrero de 1930, “tu vida depende de lo que en el mundo pase y de lo que el mundo sea” (p. 204). Ortega entiende

que existe una capa superficial que es en la que ella se mueve en París, ciudad que se ha convertido en una abstracción. Para vivir realmente hay que resbalar sobre lo superficial e “hincarse” en el mundo, que es el mañana, lo que está por venir. Ortega vislumbra un cambio radical: “*Toda la vida actual está en sus últimos minutos y rápidamente se incorpora otro tipo de vida radicalmente distinto*” (p. 205). Pronto la publicación de *La rebelión de las masas*, donde disecciona la evolución vital del hombre occidental, convertido en hombre-masa que delega en el Estado su responsabilidad individual, escribe a Victoria que el hombre de su tiempo se comportaba “como un señorito” y quería hacer lo que le diera la gana. Por ejemplo, lo que antes se denominaba “estilo” en arte, no era sino la presión que el universo ejercía sobre el arte. “Sin presión la vida y nuestro hacer es una cometa sin rabo” (p. 216). Reflexión sobre la actualidad que reforzará en 1933 con una serie de conferencias en Alemania: “¿Qué pasa en el mundo? Algunas observaciones sobre nuestro tiempo”, en las que ya denuncia la adhesión de las masas a movimientos populistas como el sindicalismo izquierdista y el fascismo.

A lo largo de todo el epistolario, las cartas de Victoria son dominantes –si exceptuamos el paréntesis de 1917–, y gracias a ellas, casi asistimos físicamente a la “vida artística” del París de la época; así como a una posterior recreación de Nueva York, que la atrae y detesta a partes iguales. También a la evolución de su proyecto cultural –*Sur*–, que un Ortega sumido en la política española del momento y algo reticente con Victoria, porque no ha seguido sus consejos, no lo está apoyando con sus artículos. A pesar de ello y de que la primera recepción en

Argentina de la revista no es muy halagüeña, Victoria sigue adelante con un proyecto que durará cerca de sesenta años, aunque su máximo apogeo se situará entre 1931 y 1966.

A finales de 1931, la historia se acelera y ello repercute en el epistolario, donde apreciamos una disminución de la correspondencia. Primero, España, con el estallido de la Guerra Civil en 1936, después de la accidentada vida de la República de 1931; luego, Europa con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la política de bloques posterior. Como había predicho Ortega en su última carta a Victoria, su situación en 1941, “la época más dura” de su vida, responde a un cuadro de causas generales y puede que también a ella le tocara entrar en “una zona de amargura” (p. 426), algo que se produce con el ascenso de Perón a la presidencia de La Argentina en 1946. Nos adentramos ya en la precipitación de la Historia con mayúsculas y de la historia personal de los dos protagonistas. Victoria anuncia a Ortega en carta de 13 de marzo de 1931 que se está produciendo un cambio en ella. Ha sido cobarde y ha cedido su verdadero ser a la opinión de los más cercanos. Ahora entiende que hay que superar el combate entre la carne y la inteligencia: “Para ello, hay un único refugio: lo que yo llamo lo *espiritual*” (p. 290), algo con lo que un Ortega que había defendido la superación de la abstracción racional, mediante la penetración del intelecto con el cuerpo, no podía estar muy de acuerdo. Para él el espíritu era razón y voluntad.

Victoria sigue centrada en su evolución personal, bajo la influencia de Bertrand Russell, y a partir de 1935 se comprometerá en una decidida lucha a

favor de los derechos de la mujer, sin olvidar la dedicación a su proyecto cultural, la revista *Sur*. Por su parte, Ortega se encuentra inmerso en su obra, después de haber participado infructuosamente en la deriva política de España. Primero, con su posicionamiento a favor de la República, con su artículo “El error Berenguer”; y la creación posterior de la Asociación al Servicio de la República, a principios de 1931. Después, con su breve pero intensa actuación como diputado en las nuevas Cortes españolas, con un inicial discurso que tiene una amplia repercusión en los periódicos argentinos sobre la cuestión de la soberanía del pueblo español. El día 6 de diciembre ya estaba pidiendo públicamente, una “rectificación de la República”. Victoria sólo está preocupada porque no envíe artículos a *Sur*. Ortega, una vez desengañado de la política, está ocupado en poner en marcha la “segunda navegación” de su proyecto filosófico, con libros como *Ideas y creencias* o *Ensimismamiento y alteración. Meditación sobre la técnica*, y desconfía de Victoria, que ha llegado a Madrid en 1934 y ha impartido una conferencia refutando las ideas de Ortega sobre la mujer expuestas en el artículo “La poesía de Ana de Noailles”, en el número inaugural de *Revista de Occidente* en 1923. Sin embargo, después de “ese segundo encontronazo”, parece que las relaciones se regulan.

De pronto, todo se precipita. Ortega, postrado en cama por un agravamiento de su enfermedad biliar, que había comenzado en 1930, debe huir precipitadamente de España con su familia, bajo la amenaza de muerte. Victoria Ocampo y la Asociación Amigos del Arte, ayudan económicamente al filósofo en sus primeros tiempos en Grenoble y París.

Ortega se recupera lentamente, aunque tendrá recaídas. Finalmente se someterá a una operación a vida o muerte en París, ya en 1938. Desde finales de 1936, Ortega barajará la posibilidad de aceptar la oferta de Victoria para ir a La Argentina: “Salvo tú y Bebé nadie en el mundo se ha preocupado y ocupado de mí” (p. 356), escribe a Victoria en carta de marzo de 1937. Sin embargo, desconfía cada vez más de la evolución ideológica de su amiga que, a través de informaciones de Alfonso Reyes, se está aproximando al bando republicano, según le escribe a María de Maeztu en carta de agosto de 1938, para justificar su negativa a encontrarse con Victoria: “lo que menos acepto es que las gentes hablen y opinen en asuntos gravísimos como los actuales sin entender una palabra de ellos” (*Revista de Estudios Orteguianos*, n.º 44, p. 78).

A finales de 1939, una vez finalizada la guerra civil y, ante la amenaza de la guerra europea, Ortega se traslada con su mujer a La Argentina. Imparte un curso sobre *El hombre y la gente* en la Asociación amigos del Arte y en la Facultad de Filosofía; pero sus intentos de instalarse, colaborando con la empresa Espasa-Calpe, con la que ya había colaborado de forma intensa a lo largo de toda su trayectoria, son infructuosos. Como ya le apuntaba en sus cartas María de Maeztu, el ambiente se había enrarecido. La distancia con Victoria ya es insalvable. Un Ortega derrotado le escribe una carta de despedida definitiva.

Fascinante recorrido, a través de la relación de amistad de dos testigos decisivos, que transitan por la evolución histórica e ideológica de la primera mitad del siglo XX, que sigue conformando, en gran medida, el suelo ideológico de nuestro siglo XXI.